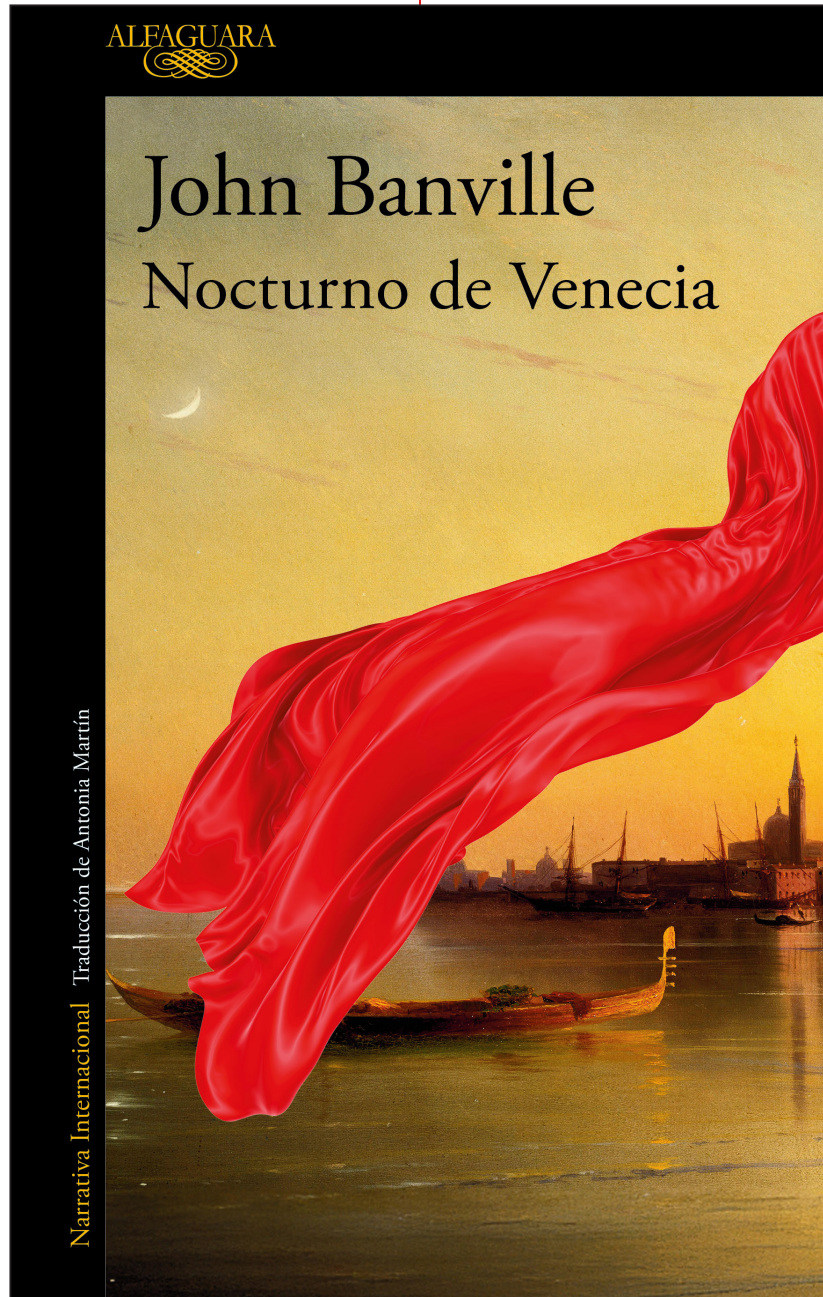




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## SINOPSIS

Año de 1899. A las puertas del nuevo siglo, el escritor inglés Evelyn Dolman se casa con Laura Rensselaer, hija de un magnate estadounidense del petróleo. Dolman confía en que heredarán una considerable fortuna y llevarán una vida cómoda y estable. Pero sus esperanzas se ven truncadas cuando un misterioso enfrentamiento entre Laura y su padre, poco antes de la muerte del patriarca, provoca que ella sea desheredada.

Los recién casados, descontentos, viajan a Venecia para celebrar el Año Nuevo en el Palazzo Dioscuri, hogar ancestral de un encantador y traicionero conde. Una bruma envuelve las calles de la ciudad flotante y empieza a nublar también la mente y la moral del marido, mientras Venecia se convierte en el escenario perfecto para un maestro de las sombras y las insinuaciones como es John Banville.

## CLAVES DE LA NOVELA

Dos viejos anhelos de John Banville, según propia confesión, eran escribir una novela de fantasmas y una novela erótica, y sin duda de ambos géneros participa *Nocturno de Venecia*, una obra en la que se conjugan el prosista exquisito y de reflexión matizada de sus títulos independientes con el aficionado a los enigmas y los personajes y ambientes turbios de los que firma su heterónimo Benjamin Black. Al mismo tiempo, el autor emplea de nuevo su interés por la ambientación histórica —como hiciera en la serie dedicada al patólogo forense Quirke o en libros como *Tetralogía científica* o *Lobos de Praga*— al conducirnos a una Venecia pronta a dar la bienvenida al siglo XX. Los hechos, luctuosos y aún llenos de sombras y dudas, que ocurrieron ahí unos años antes son rememorados por el narrador, un escritor de medio pelo pese a sus ínfulas, que vio cómo su mundo se desmoronaba en el transcurso de lo que se suponía un viaje de placer junto a su esposa, con la que había contraído matrimonio recientemente.

Dados todos esos objetivos y esperanzas frustrados, todo ese desalentador «tener que componérselas», no les costará imaginar qué conmoción, no, qué ultraje representó verme en el centro de los oscuros y trágicos acontecimientos que tuvieron lugar las primeras semanas de aquel invierno y que más tarde recibieron tanta atención morbosa e histórica en la prensa; casi escribo «aquel fatídico invierno», mas, recordando las befas de cierto señor Jones de Aberystwyth, en adelante evitaré los fáciles clichés a los que confieso que era proclive antaño. En efecto, murió una mujer, aunque no por mi culpa, algo en lo que seguiré insistiendo mientras me quede aliento en el cuerpo. Por supuesto, se me presentó como un canalla redomado, la más baja escoria, pero ahora me propongo pronunciarme y dejar constancia de lo que en verdad acaeció aquellos extraños días de principios del siglo. Y confío en que mi versión de este deplorable asunto se dé por cierta y no se la confunda con los desvaríos amanerados de uno de esos

*décadents* estetas y bebedores de absenta cuyos dislates salpicaron las páginas de publicaciones degeneradas y por fortuna hoy desaparecidas como *The Yellow Book* y *The Savoy*. Ah, sí, vean cómo me frotó las manos, vean mi sonrisa vengativa. Cuando uno ha pasado por un infierno, la carne quemada sigue ardiendo.

Consumado retratista de ciudades, Banville sirve el que posiblemente sea el más profundo y completo ejemplo de su gusto por conectar la psicología atribulada de sus personajes con el carácter, espíritu, historia, y diseño del lugar en el que transcurre la acción. Muy influenciado por su maestro Henry James —recorde mos que en *La señora Osmond* era una secuela de *Retrato de una dama*— y más concretamente por sus novelas venecianas, el autor explora cómo la Ciudad de los Canales genera fascinación y embrujo entre sus visitantes, aunque en paralelo logra despertar sus más bajos instintos. Fiel a los elementos que han caracterizado su laureada trayectoria —la composición atenta y detallada de sus criaturas, la disertación existencialista y el estilo envolvente y sinuoso—, el escritor nos conduce por los derroteros de la pasión cegadora, el engaño, la manipulación, la sensación constante de amenaza y la violencia sexual.

Escrita en primera persona, es decir, recurriendo a uno de esos narradores dados a los circunloquios inteligentes y obcecados con encontrar el sentido profundo de las cosas e interrogar a la me-

moria, tan caros al autor, *Nocturno de Venecia* trabaja prodigiosamente el terreno de la ambigüedad y los ángulos ciegos, invitándonos a desentrañar con el protagonista lo que es real y lo que es ilusión. Una historia de perdición y llena de posibles fantasmas que, tan pronto nos atrapa con diversos misterios que nos empuja a pensar en la dificultad de desentrañar nuestros actos y decisiones en el momento de su ejecución.

No debería dar la impresión de que abrigaba esas claras sospechas mientras, con mi copa de friulano delante, admiraba cómo la luz de la lumbre, débil pese a ser de día, teñía al modo de un rosado rubor la pálida garganta de Cesca Ransome, cómo brillaba en sus ojos y en las profundidades de su frondosa melena. El verdadero conocimiento solo nos llega cuando volvemos la vista atrás. Deslumbrado por el espectáculo de la belleza de la joven, aquel día apenas tuve el más leve atisbo de lo que había de acontecer, si es que tuve atisbo alguno. Fuera cual fuese el objetivo de Freddie FitzHerbert en aquella modesta comedia del Florian, tuvo como efecto el unirnos a su hermana y a mí —así lo veía yo ya entonces, como nuestra «unión»—, y frente a eso nada más importaba. ¿Y qué si me había elegido a propósito y ya me conducía hacia una carretera secundaria poco iluminada y peligrosa? Iría a donde me condujese esa carretera, por muy traicionero que fuera el trayecto y pese a los peligros que me aguardasen. Para mí no había vuelta atrás, ya no.

## PERSONAJES PRINCIPALES

### **EVELYN DOLMAN**

Escritor inglés de origen humilde, trayectoria mediocre, de carácter engreído y pomposo, a quien casarse con una rica heredera ilusiona sobre todo por la promesa de que le abrirá las puertas a confeccionar la biografía de su potentado suegro, T. Williard Rensselaer. Sus impulsos violentos y un deseo sexual irrefrenable lo conducirán a la perdición.

Era hijo único, aunque en modo alguno me consintieron mis padres por ese motivo, ni por ningún otro. Crecí en circunstancias humildes, en una casa pequeña de las afueras de Golders Green, en la zona este, lo bastante cerca del Heath para que mi madre, con sus ínfulas de buena cuna, afirmara que en realidad vivíamos en Hampstead, un barrio mucho más agradable. A mi padre, impresor por cuenta propia con taller contiguo a la casa, no le iba mal, pero siempre estuvo descontento con su suerte. Se respiraba una atmósfera tan opresiva en nuestro hogar que no me importó que me enviaran a un internado ni conocí las punzadas de añoranza que padecieron otros muchos niños, lo cual no significa, como ya he indicado, que mi época escolar fuera feliz o algo por el estilo.

Sin embargo, no exagero al decir que abandonar mi casa para ir a Wetherby Hall no fue muy distinto de la conmutación de una pena de cárcel.

Debería explicar de forma breve cómo era, o quizá debería decir cómo me veía a mí mismo en aquellos tiempos. Un inglés, por descontado, de cabello oscuro, achaparrado, con hombros anchos y frente ni despejada ni estrecha; de porte erguido, presto a la acción y, por encima de todo, franco: de mirada franca, de palabra franca y de conducta franca. No era Beardsley, no, y tampoco Wilde, ¡no, qué diantres! No vestía de manera ostentosa, pero sí con gusto y elegancia, y prestaba tanta atención a mis botas como a mi ropa interior. Quienes me conocían tal vez me calificaran de altivo, incluso un poquito arrogante, y cierto es que, aunque mis orígenes distaban de ser aristocráticos, me consideraba tan apto como cualquier miembro del Athenaeum o del Jockey Club para desfilarse por las aceras de St. James's Street o divertirme en los grands boulevards de París. ¿Y por qué no?, habría preguntado. ¿No existe una aristocracia de espíritu que trasciende la condición humilde de los antepasados?

Así que ahí me tienen, tal como era entonces, un bobo altanero y egoísta, empeñado y engominado, con sombrero hongo y corbatín, traje de cuadros de color mostaza y polainas, varonil y ufano por fuera, aunque por dentro fuese un pigmeo henchido de un resentimiento y una rabia reprimida inagotables. Imagino que casi todos los humanos sufren en esa difícil situación, pero en general les basta con fingir ser quienes no son. La cosa cambia por completo cuando a uno lo descubren.

Lo cierto es que pretendía ser un maestro del lenguaje que con el tiempo se situara entre los inmortales. ¿Mayhew? Un pigmeo. ¿Shaw? ¡Qué va! Y en cuanto al putaño de Wells, no me tiren de la lengua. No, yo tenía la mira puesta en las grandes bestias de la selva literaria, los Henry James, las George Eliot, los Conrad y los Hardy y los Ford Madox Ford. Por no decir los Flaubert y los Tolstói. ¡Por no decir los Shakespeare! No había gigantes cuyos vigorosos hombros mi ambición no quisiera sobrepasar ni compañero insigne cuyos ojos no quisiera atravesar mi pluma, ese acerado puñal. ¿Qué fue lo que el pobre y medio loco de Kleist le dijo al gran Goethe? «¡Le arrancaré de la frente la corona de laurel!». Pues bien, habría toda una selva de frentes descoronadas antes de que Dolman hubiese terminado. ¡Iba a superarlos a todos!

Sí, y vean en qué me convertí: en un escritorzuelo de tres al cuarto.

#### **Laura Rensselae**

Hija de un magnate americano que, sin embargo, la desheredó por motivos que a su marido se le escapan. Evelyn la encuentra por sistema ausente y con un lado indescifrable, al tiempo que su falta de interés en el sexo lo desespera (su carácter «puritano [...] en asuntos carnales»). También sospecha que él fue el premio de consolación tras un amor condenado.

Ella tenía cierta fama..., no, no esa clase de fama, por supuesto. Me refiero a que se hablaba con frecuencia de ella en los salones elegantes y los mejores clubes. «Vivaz»: esa era una palabra con la que solían calificarla. Y sí que era vivaz, pero al mismo tiempo tan tercamente inescrutable como la heroína de una buena novela romántica».

En el tiempo que llevábamos casados se habían dado unas cuantas ocasiones, y esa era otra de ellas, en que sentía que se me permitía un vislumbre involuntario de otra versión de mi esposa, una versión muy diferente de la familiar que creía conocer. Por extraño que resulte, esos casos de súbita revelación, o de transformación, no me asustaban; al contrario, los hallaba excitantes de un modo perturbador, si bien no acertaba a comprender sus consecuencias y quizá no desease reconocerlas. Era como si al volver a casa una noche y entrar en la alcoba no encontrase a mi esposa, sino a una mujer que guardaba una gran semejanza con ella, una desconocida enigmática y misteriosamente seductora que me aguardaba tranquila y tentadora en el lecho conyugal.

#### **THOMASSINA RENSSELAE**

Hermana de Laura, heredera de toda la fortuna familiar y soltera. Evelyn no puede disimular una antipatía profunda por su cuñada, sentimiento que es mutuo.

La hermana mayor de Laura, que seguía soltera, fue a la estación a despedirse de nosotros con su indefectible actitud glacial y, como de costumbre, trató con especial frialdad a su cuñado, a quien no podía despreciar más [...] Ella era, o creía ser, una especie de intelectual; leía muchos libros edificantes y asistía a numerosos actos públicos relacionados con ideas radicales —¿hace falta añadir que era una intransigente sufragista, o suffragette, como prefiero decir?—, mientras en el fondo seguía siendo, en lo esencial y para su seguridad, tan conservadora como nuestra avinagrada y por lo visto inmortal soberana. Aunque tenía poco más de treinta años, Thomasina presentaba todas las señales de la solterona empedernida, y estoy convencido de que jamás había experimentado la fuerza apasionada de los brazos de un hombre. ¿Cómo no iba a odiarme a mí, amante y amado de su hermana menor, que era con creces la favorita, amén de brillante y —todo el mundo convenía en ello— poseedora de un encanto exquisito?

#### **CONDE BARBARIGO**

Dueño del palacio en el que se alojará el matrimonio, «un aristócrata zalamero y juguetón» según un Dolman que sentirá por él un rechazo instantáneo y visceral.

En el inmenso vestíbulo al que se abrió directamente la gigantesca puerta tachonada nos aguardaba el actual cabeza de la venerable familia, y vigente señor del palacio, el conde Michelangelo Barbarigo, que sostenía en alto, en la mano izquierda, un ornamentado candelabro de seis brazos. Componía una figura emblemática impresionante, plantado al pie de la amplia escalinata de mármol en el matizado claroscuro creado por las sombras y la luz de las velas, como en una escena nocturna de Caravaggio o de Jacopo da Pontormo, según me pareció al acudir de nuevo mi memoria al tesoro de ejemplos que ofrecía el siempre servicial y siempre fidedigno señor Murray, cuyo conocimiento de los maestros italianos y su sinnúmero de obras era exhaustivo y no pocas veces me dejaba exhausto. El conde era un hombre alto y enjuto, de nariz prominente, frente despejada y lisa, y sonrisa cansina y casi tan ajada como la propia casa [...].

Pese a la serenidad y elegante languidez con que se conducía el noble, tuve claro, incluso en la expansividad inducida por la comida y el alcohol, que el individuo era un embaucador, un actor más de la trillada representación que se había puesto en marcha en interés, diríase, de mi esposa y mío en el instante en que habíamos ido a parar a la magnificencia oropelesca de esa —¿cómo la había llamado Laura?— ciudad flotante.

#### **FREDERICK FITZHERBERT**

Individuo extrovertido y desvergonzado que, en apariencia, topa por casualidad con Dolman en un café veneciano la misma noche de su llegada a la ciudad, y el cual asegura haber sido compañero suyo de colegio, aunque el protagonista no guarda el menor recuerdo de él. Desde el primer encuentro, Dolman tiene la sospecha de que se trata de un rufián y un embaucador, pero la embrujadora presencia de su hermana lo obliga a tener que aguantarlo.

Alcé la vista hacia el rostro de un desconocido, un rostro de rasgos tan llamativos —una frente de anchura casi descomunal y un mentón increíblemente estrecho— que supe que, de haberlo visto antes, sin duda lo habría recordado. La tez presentaba una delicada palidez, más o menos del color del suero de la leche, el cabello era una masa de rizos rojizos —semejaba un racimo de pequeños muelles de cobre muy prietos— y sus ojos poseían una tonalidad verde mar al mismo tiempo intensa y casi transparente. Tenía las cejas muy arqueadas en los vértices, lo que le daba un cómico aspecto demoniaco. Era más bien alto pero de constitución delgada, con movimientos diestros y sinuosos, largas manos pálidas y el pecho cóncavo. [...] El individuo vestía ropa buena pero con señales de desgaste: me fijé en un desgarrón remendado con esmero en un bolsillo del chaleco de seda a rayas. Era difícil calcular su edad, pese a que sus rasgos

presentaban un marcado aire juvenil, si bien marchito, hasta el punto de que a primera vista podría creerse que era un muchacho, aunque un muchacho ya demasiado astuto y con mucho mundo, que había alcanzado prematuramente a un estado de seudomadurez disoluta. Su sonrisa de labios finos era una medialuna carmesí; la sonrisa de un granuja, alegre y velada, demasiado atractiva y convincente.

### ROSALIA

Joven criada en el palazzo, dueña de «aquella sonrisa suya que era a un tiempo tan franca y enigmática como la de Cesca Ransome», a la que Dolman no acaba de descifrar.

La muchacha que nos sirvió en la mesa del palazzo, de nombre Rosalia —calculé que no tendría más de dieciséis o diecisiete años—, era delgada y guapa al estilo moreno del sur. Tenía una larga cabellera lisa, tan negra de tonalidad como la de Laura aunque menos hermosa, recogida en un trenza prieta y enrollada en una especie de tiara natural alrededor de la frente. Sus ojos, almendrados y con las comisuras externas delicadamente alzadas, eran de un intenso color avellana. Llevaba una vestidura sobria con faldas que le llegaban por debajo de la pantorrilla y un corpiño escarlata muy ceñido; un tosco atuendo campesino que sin embargo no lograba ocultar su torneada figura juvenil. Me sorprendió que fuera descalza, aunque incluso sus pies estaban bien formados, pues eran largos y finos, con el empeine del color de la miel. Su sonrisa estaba exenta de toda timidez o contención, y la moza no trataba a su señor el conde con mayor deferencia de la que habría mostrado de haber sido él un simple huésped de la casa. Una vez, mientras me ofrecía un panecillo con el que acompañar el parmesano, tuve la impresión de que me rozaba el dorso de la mano.

### CESCA RANSOME

Hermana de Frederik, con el que vive a salto de mata y de forma trashumante desde que eran muy jóvenes. Dolman sufre un flechazo mayúsculo nada más verla, lo que pondrá patas arriba su existencia. Pese a todo, la recordará como «la mujer a quien, para bien o para mal, considero el amor más intenso, sublime, mortificante y traicionero de mi vida».

Tenía los ojos del mismo tono verde esmeralda claro que él, pero tan grandes y luminosos que al principio se me antojaron desproporcionados con respecto al rostro, que mostraba una palidez lechosa, como la del hermano, pero lozana y

resplandeciente. Sus rasgos y los de FitzHerbert guardaban otras semejanzas de familia, aunque la frente de ella no era ni la mitad de ancha que la de él, ni su mentón tan puntiagudo, sino delicadamente redondeado, con una hendidura vertical poco profunda de lo más encantadora que, dependiendo de la luz, no era más que un hoyuelo.

Saltaba a la vista que eran hermanos, pero lo que en él resultaba satánico y de una comicidad siniestra era en ella la belleza más pura y arrebatadora. Mientras que los rizos de FitzHerbert, que brillaban con el sudor como si los hubieran rociado con minúsculas gotas de agua, eran de color cobre mate, los de la hermana poseían un intensísimo tono rojizo y creaban un marco ovalado para la cabeza, de forma perfecta; caían alrededor de los hombros en una profusión de tirabuzones bruñidos que reflejaban el resplandor de las lámparas y enviaban a la sala una constelación de oblicuos rayos ambarinos.

Como ven, quedé hechizado al instante, aunque aún no lo sabía, salvo de la manera más vaga y confusa.

La señorita FitzHerbert (Francesca) me miraba con una expresión divertida aunque afectuosa y cómplice, o eso me pareció; supuse que no ignoraba qué efecto causaba entre los miembros del sexo opuesto y estaba acostumbrada a que se quedaran «prendados» de ella en el acto. No era capaz de sostener su mirada verde y franca, me apabullaba, encerraba demasiadas posibilidades y promesas, así que me apresuré a apartar la vista y, desesperado, la clavé en mi sombrero, en el tablero de la mesa, en una mancha de luz al lado de una de mis botas..., es decir, en cualquier parte salvo en ella, que al punto se había convertido en el centro de cuanto había en la estancia. La joven no era solo el conducto del fulgor que me rodeaba; era —de pronto lo comprendí— la mismísima luz.

### **COMISSARIO AMADEO**

Jefe del departamento de policía encargado del «bienestar de los visitantes extranjeros de nuestra ciudad» y en quien recae la labor de investigar la desaparición Laura. Capaz de irritar sin descanso a un Dolman que lo considera «un desagradable pero ineluctable funcionario de ojillos brillantes», o «una especie de vigilante ciudadano».

Lo primero que me llamó la atención de él fue que lo había visto con anterioridad, y hacía poco, por añadidura, pero no recordaba dónde ni en qué circunstancias. Era menudo, de tez morena, cara estrecha, ojos negros brillantes y saltones, y nariz sobresalientemente ganchuda. Una perilla negra, acompañada de un bigote negro engominado con las puntas hacia arriba en un pronunciado

ángulo recto, le daba el calculado aire elegante de un maestro de baile. Tenía la frente despejada, y su bruñido cutis moreno y un tanto picado se veía muy estirado sobre los huesos del cráneo, como un buen guante de cuero. Llevaba un largo abrigo gris bien abotonado, con cuello de piel oscura, y lucía, de manera sorprendente, un pequeño aro de oro en el lóbulo de la oreja izquierda, de aspecto pirata. También hubo un destello dorado cuando enseñó su dentadura en una sonrisa fina, una sonrisa en la que solo participaron los labios y que no subió más allá, desde luego no hasta los ojos.

## VENECIA

Sería subestimar a Venecia decir que es un personaje más de la novela porque lo cierto es que la narración se sostiene sobre sus hombros. Mucho más que mera ambientación o trasfondo, la Ciudad de los Canales es la que pone en marcha todo el conflicto: lugar de destino del matrimonio, edificios, callejuelas y establecimientos con una incidencia directa en los acontecimientos, la fauna local y la de acogida moviendo los hilos... Una y otra vez, Banville conecta las angustias y desvelos del protagonista con las sensaciones que le provoca la urbe. Su leyenda negra, su insalubridad, la barrera idiomática, su diseño laberíntico... todo confluye para desnortar física y mentalmente a Delmon, aunque hay momentos en que no deja de rendirse a su cautivadora belleza.

Llegamos a Venecia al anochecer. Por supuesto, al salir de la estación de ferrocarril encontramos, como había previsto con desaliento, la creciente oscuridad envuelta en una deprimente niebla helada en la que las farolas de gas a lo largo de ambos márgenes de piedra del canal brillaban como vilanos de dientes de león [...] La travesía nocturna por aquella estrecha vía fluvial fue para mí una experiencia insólita e inquietante. Sí, fue novedosa, e interesante hasta cierto punto, y los grandiosos y pálidos palacios, iluminados por parpadeantes candiles y antorcheros llameantes, tendrían que haber causado una impresión venerable. Sin embargo, la sillería como de encaje de esas fachadas palaciegas, cuya delicadeza Laura me instaba una y otra vez a admi-

rar, era, a mi juicio, tan solo el signo de una larguísima descomposición irreversible, en particular en la base de los muros, donde durante siglos la acción del oleaje había corroído la mismísima estructura de los cimientos —si podía decirse que esos edificios tenían más cimientos que unos cuantos pilotes de madera calados de agua— hasta dejarlos astrosos y maltrechos, como los bajos sucios y empapados de las enaguas de una fila de ancianas hidrópicas.

¡La Serenissima, sí!, pensé con sarcasmo. Mi esposa señaló la quietud imperante, que se le antojaba la esencia misma del romanticismo discreto; para mí, cada ruido que salía de aquellos apestosos callejones y cruzaba las turbias extensiones de aguas oleosas que brillaban de forma intermitente y maligna era una llamada secreta, ladina e insinuante, en la que resonaban la burla y la amenaza. También me agobiaba sobremanera la bruma, que hacía que notara los pulmones empapados y congestionados.

Fue un paseo de solo unos cientos de pasos desde la puerta del palazzo hasta la plaza de San Marcos. Encontré con facilidad el camino de un sitio al otro, pues solo tuve que ir en pos del resplandor de los numerosos candiles y braseros encendidos que creaban una gran cúpula radiante en la oscuridad cargada de niebla que cubría la amplia plaza. Era tarde y el silencio que envolvía la ciudad semejaba una especie de intensa contención; daba la sensación de que algo trascendental quedaba sin decir. Venecia es así, cícatera, reservada, como si de algún modo siempre volviera la cara.

Como ya era costumbre, encaminé mis pasos hacia la plaza de San Marcos, la única dirección en la que tenía la plena seguridad de que no me perdería. Con cierta diversión e ironía me vi como desde arriba, un animalillo raudo que, timorato, procuraba no desviarse del camino conocido a lo largo de la linde de un bosque salvaje.

Ahora pienso que en un plano profundo y primitivo de la conciencia tenía miedo de Venecia, miedo de perderme allí, no solo física, sino también espiritualmente. En Londres paseaba por las callejuelas más estrechas y apestosas con absoluta audacia, pero aquí todo tenía el potencial de engañarme y ser mi perdición. Las fachadas de los edificios parecían elevarse amenazadoras a mi paso, mientras que los gritos de los vendedores callejeros que pregonaban sus mercancías sonaban a mis oídos como otras tantas pullas burlonas y violentos desafíos.

---

### PALAZZO DIOSCURI

Aunque el lector pasea por diversos escenarios de Venecia —canales, plazas, calles, iglesias, mercados, tabernas..., si existe un foco dramático a destacar es el decrepito, inhóspito, inmenso, vacío e intimidante palacio en el que se alojará el matrimonio. El emplazamiento, dirigido por un conde venido a menos y con apenas dos personas en el servicio (tirando a inquietantes), no sólo será el marco de un acto brutal y una volatilización inexplicable, sino que para el protagonista despertará pesadillas olvidadas y miedos infantiles, al tiempo que no será capaz de

dilucidar si en sus pasillos se ha cruzado con una presencia fantasmagórica o todo ha sido producto de su imaginación y estado de nervios.

El Palazzo Dioscuri, a cuya imponente parte posterior habíamos llegado de un modo un tanto confuso, se remontaba a tiempos inmemoriales, a tal punto que, pensé, era un milagro que no se hubiese hundido hacía mucho en las pútridas aguas verde jade del Gran Canal —o Canal Grande, como suponía que habría de acostumbrarme a llamarlo en lo sucesivo— al que daba la fachada principal, en diagonal con la preciosa iglesia de Santa Maria della Salute, cuya cúpula se alzaba en la otra orilla. Los orígenes del nombre Dioscuri se habían perdido en las brumas del tiempo —el siglo anterior un fuego había destruido todo un baúl con documentos sobre la historia de la casa—, pero por derecho debería haberse llamado Palazzo Barbarigo, pues había pertenecido a esa noble familia desde al menos los últimos años del siglo xv, la época del dogo Marco Barbarigo —ejecutado más que probablemente por orden de Rodrigo Borgia, el infame papa Alejandro VI— y su hermano Agostino, que lo sucedió en el cargo en 1486.

La sala en que nos hallábamos era de techo alto y oscura pese a la lámpara de hierro con numerosos brazos suspendida sobre la mesa. De las paredes, de piedra cortada toscamente, colgaban escudos de armas, hileras de estandartes hechos jirones y banderines descoloridos, trofeos, supuse, de olvidadas batallas libradas y

ganadas a lo largo de medio milenio de la historia de los Barbarigo. El aire era frío y olía a rancio, y el suelo de piedra, viscoso por la humedad, se notaba gélido incluso a través del recio cuero inglés de la suela de mis botas.

Lo que enseguida me impresionó fue el gran número de habitaciones, de desmesurado tamaño, que en conjunto ocupaban toda una amplísima planta de la parte central del palacio [...] Nunca tendría del todo clara la geografía de esos aposentos sombríos, y hoy en día, en la soledad de mis noches, en ocasiones imagino que vuelvo a estar allí, vagando sin descanso por ellos, perdido y angustiado, como en un laberinto descolorido, mugriento, inquebrantable y poblado de corrientes de aire.

En un recodo de la escalera se abría a la izquierda un estrecho pasadizo sin ventanas, y al echar por casualidad un vistazo a lo largo de su tenebrosa extensión vi al fondo, con un vuelco del corazón, la figura de mi esposa, inmóvil, ante una entrada en forma de arco. Estaba un poco encorvada hacia un lado, como si hubiera estado escuchando por el ojo de la cerradura o muy inclinada para espiar por él. Aparté la vista un segundo, supongo que con la intención de decirles algo a quienes me precedían, y cuando volví a mirar para cerciorarme de que era ella, ya no estaba allí.

Me quedé estupefacto; estaba seguro de haberla visto, agachada en la oscuridad, con la cabeza alzada, como si intentara captar algún ruido al otro lado de la puerta. ¿Dónde se había metido?

¿Había entrado sigilosa en la habitación y cerrado la puerta tras de sí sin hacer ruido para que yo no la oyera? ¿O todo habían sido imaginaciones mías? ¿Acaso mi mala conciencia había hecho aparecer una versión espectral de Laura por un segundo y luego la había abandonado?

Porque ¿cómo era posible que hubiera estado allí y cuál podía ser su intención? Consideré la posibilidad de ir a examinar el lugar donde creía haberla vislumbrado, pero, en vez de eso, eché a correr tras los otros como si huyera de un fantasma, y supongo que así era.

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿A qué género adscribiríais la novela?
2. Más allá de la cita póstica de *Otra vuelta de tuerca*, ¿qué conexiones o guiños a la obra de Henry James detectáis en el libro?
3. Venecia es sin duda un personaje destacado de la obra. ¿Hacia dónde escora la descripción de la ciudad para imprimir un cierto tono a la historia?
4. La novela se desarrolla en un año tan simbólico como 1899, a las puertas del cambio de siglo. ¿Cómo pensáis que este marco temporal condiciona la narración y qué pudo interesarle al autor especialmente de cara a decantarse por ese momento histórico?
5. La fascinación por la belleza y el embrujo femeninos reaparecen en *Nocturno de Venecia* a través de la figura de Cesca. ¿Qué otros títulos destacados del autor abordaban el tema?
6. ¿Creéis que la adoración de Dolman por Cesca es lo único que explica que no tome distancia respecto a personajes que le provocan tan mala espina como el conde o FitzHerbert, o hay más elementos en juego?
7. ¿Diríais que el narrador vive en un estado de autoengaño?
8. ¿Podríamos interpretar la obra como una condena a un arribista social y un misógino, o sería ir demasiado lejos?

9. ¿Qué posición diríais que adopta el protagonista respecto a la violación de su mujer?
10. Comentad el modo en que Banville conecta la geografía con la psique de los personajes.
11. ¿Cómo contribuye la descripción del Palazzo Dioscuri a la atmósfera ominosa de la novela?
12. ¿Creéis que Banville deja claro que los infortunios de Evelyn Dolman se deben a una trama urdida para hundirlo, la elaboración de una «partida que me había destruido», en sus propias palabras, o la cuestión es más ambigua y abierta a la interpretación?
13. ¿Comulgáis con la afirmación final del protagonista cuando dice: «no soy un santo ni ella [Cesca] un demonio»?
14. ¿Qué creéis que pretende el autor al abrir y cerrar la novela con el mismo sueño (crepúsculo, una habitación, un retazo de seda negra)?
15. ¿Sabríais reconocer afinidades —temáticas, estilísticas, estructurales, en la composición de los personajes...— entre *Nocturno de Venecia* y el ciclo policíaco dedicado al patólogo Quirke?

## EL AUTOR



**JOHN BANVILLE** (Wexford, Irlanda, 1945) ha trabajado como editor en *The Irish Times* y es colaborador habitual de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) integrado más tarde en *Trilogía de Freddie Montgomery* (Alfaguara, 2020), junto con *Fantasmas y Atenea* fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar* (Alfaguara, 2019), consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra aparecida en Alfaguara destacan también *El intocable* (2015), la *Trilogía Cleave Eclipse* (2014), *Impos-turas* (2015) y *Antigua luz* (2012), *La guitarra azul* (2016), *La señora Osmond* (2018) y *Tetralogía científica* (2022) que reúne en un solo volumen las novelas *Copérnico*, *Kepler*, *La carta de Newton* y *Mefisto*, *Las singularidades* (2023) y

*La alquimia del tiempo. Un memoir dublínés* (2024). Bajo el pseudónimo de Benjamin Black, que continúa utilizando exclusivamente en sus ediciones en español, ha publicado en Alfaguara *El lémur* (2009), la serie protagonizada por el doctor Quirke *El secreto de Christine* (2007, 2023), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013), *Órdenes sagradas* (2015), *Las sombras de Quirke* (2017) y *Quirke en San Sebastián* (2021), *La rubia de ojos negros* (2014), *Los lobos de Praga* (2019), *Las hermanas Jacobs* (2023) y *Los ahogados* (2025). En 2014 se le otorgó el Premio Príncipe de Asturias de las Letras por «su inteligente, honda y original creación novelesca». *Nocturno de Venecia* (2026) es su última novela.

## DECLARACIONES DEL AUTOR

---

«Siempre he tenido una relación muy ambigua con Venecia. Llevo visitándola desde los años sesenta, y lo hago cada mes de enero porque formo parte del jurado de un premio literario. Es una ciudad bellísima pero dotada de un lado muy oscuro. Una experiencia personal ilustra esta dualidad: recuerdo estar paseando por ella con mi mujer, y un instante después de coincidir ambos en su encanto bajo la luz de la luna, vimos una rata enorme cruzar por delante nuestro. Nunca me siento del todo tranquilo en ella, la recorro en un estado de alerta permanente. Quizá esto explica en parte que todos los personajes de esta novela sean tirando a desagradables».

«Siempre he querido escribir una historia de fantasmas y una historia erótica, y con *Nocturno de Venecia* de alguna manera he conjugado ambos géneros. Sé que suena ridículo sin un largo contexto, pero estoy convencido de que sentí la presencia del espíritu de Giordano Bruno en un club privado que en su día fue su residencia privada, poco antes de que la Inquisición lo apresara. Me han ocurrido experiencias muy raras en la ciudad y tengo la intuición de que moriré ahí».

«El ascendente de Henry James sobre la novela es evidente, en especial con un título como *Los papeles de Aspern* y *Retrato de una dama*, ambientados en ella. Sin embargo, la aproximación de James a lo siniestro era magnífica y me vi también influenciado por su tratamiento del tema en *Otra vuelta de tuerca*, con ese jugar con las zonas de sombra, la ambigüedad, el no saber si las cosas han sucedido en la realidad o sólo en la mente de los personajes... De modo que podríamos decir que quise rendirle diversos homenajes al maestro».

«Otra fuente de inspiración fue el relato *No mires ahora* de Daphne du Maurier, aunque todavía más la adaptación cinematográfica que Nicolas Roeg rodó en 1973, que me pareció terrorífica, la habré visto una decena de ocasiones y siempre me revela algo nuevo».

«Con el personaje de Evelyn Doman quise mostrar hasta qué punto un artista fracasado es un individuo muy peligroso, toda esa frustración y rabia la pueden volcar en actos violentos y despiadados».

(Declaraciones extraídas de *The Times* y *About the Authors TV*)

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Una escapada con mucha clase que incluso Henry James podría disfrutar».  
*The Wall Street Journal*

«Un thriller complejo que también es una obra de arte astutamente elaborada [...]. Una trama tan perfecta que deja una impronta muy satisfactoria en la mente».  
*The Irish Times*

«No hay truco que valga. Banville es puro arte».  
Inés Martín Rodrigo, *ABC*

«Cada uno de los libros de este ganador del Premio Booker es un acontecimiento [...]. Su versatilidad no deja de sorprendernos, y *Nocturno de Venecia* despliega sus trampas particulares con un aplomo diabólico».  
*Financial Times*

«John Banville se mueve en terrenos proustianos y nabokovianos armado con un arma definitiva: el estilo».  
Nadal Suau, *El Cultural*

«Cada momento, evocado de forma vívida, conduce al siguiente mientras la intriga crece. [...] La geografía de la ciudad, la distribución del Palazzo Dioscuri, el paso del tiempo [...], todo se transmite con una intensidad cinematográfica. [...] Una lectura memorable y perturbadora».  
*The Guardian*

«La grandeza de Banville reside en su prosa límpida, armada frase a frase con maneras de orfebre».  
Javier Aparicio Maydeu, *Babelia*

